

La mochila de la amistad

Autora: Mariola Correa Espinosa

Ilustradora: Dácil Guimaré

La mochila de la amistad

Autora: Mariola Correa Espinosa

Ilustradora: Dácil Guimaré



Primera edición, 2017

Autora: Mariola Correa Espinosa

Ilustración: Dácil Guimaré

Maquetación: Raquel Garzón Montagut

Edita: Educàlia Editorial

Imprime: SERVICECOM

ISBN: 978-84-947281-4-3

Depósito legal: V-1642-2017

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiéndose al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/18987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas.

Educàlia Editorial

Avda de les Jacarandes 2 loft 327 46100 Burjassot-València

Tel. 960 624 309 - 963 768 542 - 610 900 111

Email: educaliaeditorial@e-ducalia.com

www.e-ducalia.com

Para mi hija Andrea, fiel lectora de mis escritos.

Chinjitos era el nombre de nuestro colegio. Un nombre acertado cuando eres pequeño, pero al llegar a sexto, comienza a sonar algo ridículo. No sobresalía de los otros coles de barrio y, al igual que ellos, necesitaba una capa de pintura y algún arreglo en las canchas de baloncesto. Lo realmente especial eran las historias que nacían en sus aulas y quedaban encerradas entre los muros hasta que alguien, como yo, se atrevía a contarlas. Por cierto, soy Mario y con veintidós años y de vocación escritor, me dispongo a narrarles una historia que tuvo lugar en el año 2016.

Nuestro grupo era un triángulo perfecto. No cabía ni sobraba nadie. Juanma era el mayor, no de tamaño, de hecho le llamaban tapón, pero había nacido en enero y tenía nada menos que doce años. Siempre estaba pensando. Todos decíamos que le daba tantas vueltas a la cabeza, que por eso iba despeinado. Le encantaba el razonamiento matemático y era él quien tomaba las decisiones importantes. Cuando no nos poníamos de acuerdo en algo, obedecíamos a Juanma, sin rechistar.

Andrea, la chicazo del grupo, era decidida y valiente, aunque un poco bocazas, lo que resultaba en que a menudo terminaríamos en el despacho del Director.

Yo, ya me he presentado. Soy Mario, y con once años era bastante tímido y soñador. Pasaba el tiempo entre libros de aventuras y mis amigos opinaban que tenía un gran corazón.

Parecía que los tres hubiésemos visitado la tierra de Oz, para pedir cerebro, corazón y valor.

Nuestra clase era muy normal. No destacaba por ser de empollones, como Sexto B, pero tampoco por ser conflictiva, como Quinto A. Las horas pasaban sin pena ni gloria, como decía mi abuela y los tres intentábamos concentrar nuestras ilusiones en la media hora del recreo. No era simplemente un descanso para comernos el bocata, sino un momento mágico en el que compartíamos anécdotas y nos reíamos a carcajadas.

Hacia mitad de febrero ocurrió algo que cambió la rutina de nuestras clases. En el primer pupitre, el que nadie quería, por estar demasiado cerca de la mesa del profesor, se sentó un niño nuevo. Nos llamó la atención su aspecto. El cuerpo excesivamente delgado se encorvaba hacia adelante. El pelo alborotado y con grandes rizos, casi tapaban los enormes ojos oscuros y asustados. La piel era muy morena, pero no como el tostado que dejan unas vacaciones en la playa. El profe lo presentó como Ben - Hadad y un apellido muy extraño, que aún no recuerdo.

Todos tratábamos de averiguar su procedencia. Andrea decía que no le inspiraba demasiada confianza, que nunca miraba a los ojos.

—Quizás es el sobrino de un delincuente peligroso —opinó Andrea.

—Ves demasiadas pelis de espías —le contestó Juanma.

Yo, sin embargo, con mi desbordante imaginación, pensa-

ba que se trataba del hijo de un príncipe del lejano oriente, que, por motivos de seguridad, había venido a parar a esta isla. Como siempre, Juanma nos bajaba de la nube y con su buen razonamiento nos decía:

—Si fuera alguien importante, no vendría a un colegio de barrio como éste. Seguramente, sus padres lo pondrían en un colegio privado o bilingüe. ¿No creen?

Andrea y yo nos mirábamos y luego asentíamos con la cabeza, dando por zanjadas nuestras ocurrencias. A partir de ese momento, Beni, que así le llamamos, ocupó la mayor parte de nuestros pensamientos.

Un día Beni no vino a clase, por encontrarse enfermo y nuestra tutora, que era muy buena, nos dijo que Ben - Hadad era un refugiado de Siria. Luego nos explicó lo que era un refugiado diciéndonos que había salido de su país, que estaba en guerra, para vivir en otro donde hubiera paz y mejores condiciones. También no enseñó en el mapa dónde estaba Siria. Sobre todo, nos pidió que tuviéramos paciencia, que no conocía nuestro idioma y que le diésemos mucho cariño, porque lo había pasado muy mal. Sus padres y su hermano murieron durante un bombardeo y se había quedado completamente huérfano, hasta que una familia canaria lo acogió en su casa.

A partir de ese momento, dejamos de imaginarnos a Beni como un héroe y empezamos a sentir lástima por él. Hoy día, que soy adulto, me doy cuenta de que siempre fue un verdadero héroe, más que cualquiera de aquellas historias que leía de niño.

Al día siguiente, en el recreo, ideamos un plan para ayudarlo. Lo primero era, hacernos sus amigos. Pero claro, ¿cómo conseguirlo, si ni si quiera podíamos comunicarnos con él? Juanma dijo:

—Empecemos por el principio. Vamos a presentarnos.

Lo buscamos en el patio, aunque sin mucho resultado. Finalmente lo encontramos en una esquina. Sus manos se agarraban a la reja y su mirada se perdía en el horizonte.



Andrea, la más atrevida, comenzó diciéndole:

—¡Hola Beni!, ¿cómo estás?

El chico no se volvió. Creo que ni se percató de nuestra llega-

da. Andrea le tocó el hombro. Beni se dio la vuelta de un salto y nos miró con ojos desorbitados.

Andrea le sonrió y le dijo:

–No te asustes hombre, solo quería saludarte.

Beni la miraba sorprendido, sin entender lo que estaba diciendo. Yo le extendí mi mano. Realmente desconocía cómo sería el saludo normal en Siria. Beni me estrechó la mano con miedo y sin levantar la mirada. La sirena salvó aquella incómoda situación.

Durante las semanas siguientes continuamos con la misma estrategia. Cada día lo buscábamos durante el recreo, para intentar hablar con él. No había que ser detective para adivinar dónde se encontraba. Permanecía inmóvil en aquella esquina y sus ojos miraban más allá de la calle, quizás alcanzaran su lejana tierra. En lugar de darnos por vencidos, apuntábamos los progresos que íbamos consiguiendo: un tímido saludo, una mirada, una sonrisa, hasta que, sin darnos cuenta, comenzó a hablarnos sobre sus padres de acogida y su nueva hermana de seis años. Era asombroso la rapidez con la que había aprendido nuestro idioma. Aunque es verdad que nos reíamos cada vez que pronunciaba mal alguna palabra y Andrea le preguntaba que por qué se comía los artículos, reconocíamos que había adelantado muchísimo y nos preguntábamos si nosotros habríamos aprendido tan fácilmente su idioma.

A principios de mayo, Beni formaba parte del grupo. Con un poco de esfuerzo abrimos nuestro cerrado triángulo para admitir a un nuevo fichaje. La tutora nos dijo que estaba orgu-

llosa de nosotros, porque le estábamos ayudando a integrarse, pero debo reconocer que Beni aún no podía considerarse nuestro amigo, sino más bien un proyecto, una causa como las que tenían los héroes de mis historias.

Un día Andrea se percató de que Beni no dejaba la mochila en clase y haciendo memoria nos dimos cuenta de que desde que lo conocimos, siempre tenía la mochila puesta, como si fuera a salir del colegio en cualquier momento.

—Beni, no hace falta que te lleves la mochila al recreo, puedes dejarla en tu asiento —le dijo Andrea.

Beni la miró y siguió caminado sin hacer caso al consejo.

—¿Es qué en tu país siempre llevabas la mochila a cuesta? ¿había problema con los robos? —intentó averiguar Juanma.

—Aquí no tienes problemas. Bueno, alguna vez ha desaparecido un bolígrafo muy chulo, pero no creo que debas de preocuparte por nada más —le dije yo.

Beni agarró con fuerza las asas de su negra mochila y se perdió entre el tumulto de niños que corrían escalera abajo hacia el patio. Intentamos alcanzarlo, pero su escuálido cuerpecillo se deslizó entre los compañeros hasta que le perdimos de vista.

Al día siguiente intenté hablar con él antes de que comenzaran las clases, pero me puso excusas tontas que no pude comprender. Decidimos hacer una asamblea de grupo para hablar de lo que estaba ocurriendo. No comprendíamos esta nueva actitud de Beni. Tratamos de analizar en qué momento cambió

y nos dimos cuenta que fue al decirle que se separara de su mochila. A partir de ahí, nuestra fértil imaginación inventó mil y una explicaciones sobre su contenido.

–Debe esconder información secreta, por eso no puede separarse de ella. Sabía que se trataba de un espía –afirmó Andrea con mucha seguridad.

–¿Crees que un niño puede ser espía?, no sé, me parece un poco raro –pregunté.

–La verdad es que nunca lo he visto en mis pelis, pero yo solo veo las americanas.

–Pienso que en esa mochila debe haber algo muy bueno. Quizás un móvil caro o el último videojuego de acción –dije.

Juanma escuchó atento nuestros argumentos y después de reflexionar dijo:

–No sé si en su país habrá espías tan pequeños, pero estoy seguro de que Beni no es uno de ellos, ¡si no mataría ni a una mosca! Tampoco creo que lleve nada caro. ¿Por qué arriesgarse a que se lo quiten?

–Entonces, ¿Por qué no se separa de esa dichosa mochila? –preguntó alterada Andrea.

–Ni lo sé, ni me importa. Pero si Beni no confía en nosotros, tampoco merece ser nuestro amigo –dije enfadado.

–En eso estoy de acuerdo. Los amigos deben contarse las cosas y guardar secretos. Alguien tan desconfiado, como Beni, no puede formar parte de nuestro grupo –concluyó Juanma.

Así fue como, a partir de ese momento, dejamos de preocuparnos por Beni. Lo evitábamos en los pasillos y nos escondíamos en el patio. Poco a poco volvimos a nuestra rutina de antes, como si Beni nunca hubiera llegado a nuestras vidas.

A finales de mayo, notamos a Beni más triste que nunca. Sus ojos estaban rodeados por unas ojeras de color violeta y aunque habíamos hecho un pacto de no interesarnos más por él, no pude evitar mirarlo de reojo, preguntándome qué le pasaría. Al acabar las clases lo encontré en el pasillo, sentado en cuclillas, cubriéndose la cabeza con las manos.

—¿Qué te ocurre Beni? —pregunté preocupado.

